

1

La sierra del Cadí brillaba bajo el atardecer como un muro de plata que me separaba de la vida. Yo tenía sólo dieciséis años y, antes de que todo sucediera, creía encontrarme en el lado equivocado de la película.

Más allá de las montañas, que en pleno agosto aún retenían nieve, se encontraba el mundo. Había pueblos y ciudades donde la gente se divertía, cambiaban de estudios o de trabajo, se ponían enfermos y sanaban. Los mozos charlaban con chicas guapas en los cafés o incluso salían con ellas a bailar y algo más.

Yo podría haber sido como ellos, me decía, de no haber nacido en una aldea de 40 habitantes donde el único cambio posible era morirse. Y ni siquiera eso era fácil en Josa de Cadí, ya que la recia vida de montaña creaba gente fuerte y longeva en extremo.

Una figura azul me sacó de mis pensamientos. Gisela subía ágilmente por el sendero hasta el muro donde me había sentado a contemplar el ocaso. Llegaba puntual a su cita una vez más. Tenía mi edad y habíamos crecido juntos desde la cuna, lo que hacía poco excitante que nos hubiéramos hecho novios o algo parecido.

Ninguno de los dos había podido elegir, puesto que no había otros jóvenes en muchos kilómetros a la redonda. Todos se habían marchado.

De un brinco, la robusta montañesa se sentó a mi lado en el muro. Me fijé en que sus piernas lucían depiladas bajo el vestido azul de verano.

—¿Te has puesto guapa para mí? —bromeé mientras le acariciaba unos muslos que conocía al dedillo.

—No sólo para ti —dijo para provocar—. Espero que los chicos de la ciudad también me miren y así te pongas celoso de una vez.

—¿Ciudad?

—Veo que sigues empanado... ¿Has olvidado que mañana es sábado? Son fiestas en la Seu d'Urgell. Me prometiste que iríamos.

—A eso lo llamas tú ciudad... —me burlé— Tiene apenas 13.000 habitantes. Claro que, en comparación con Josa, es Nueva York.

Gisela me arrancó la mano de su pierna con naturalidad, como hacía siempre que me acercaba demasiado a la zona prohibida. Luego me pasó el brazo por el hombro y apoyó su cabellera castaña y rizada en mi mejilla.

—Te encuentro muy negativo últimamente. Que hayas cateado el bachillerato no significa que...

—No es eso —la interrumpí mientras aspiraba el suave perfume de sus cabellos—, ya me he hecho a la idea de que no sirvo para estudiar. De hecho, casi me alegro. Así me ahorraré la paliza diaria de autobús para ir y volver del insti. El conductor va siempre medio dormido y cualquier día se despeñará por un precipicio. Puedo imaginar la noticia en la tele: “Diez poblaciones del Alto Urgel se quedan sin jóvenes debido a un accidente mortal”.

Los ojos verdes de Gisela bucearon en los míos buscando mis pensamientos más profundos. Debía de encontrar el fondo bastante turbio, ya que enseguida preguntó:

—¿Y qué vas a hacer? Agosto termina de aquí cuatro días. Tendrás que pensar algo, Toni.

—Lo único bueno es que ni siquiera hay que pensar. Mi destino está escrito. Visto para sentencia.

—¡No digas bobadas!

—Puesto que no me van a dar ninguna beca ni tengo ganas de aprender un oficio, trabajaré en la vaquería de mis padres. Ya son mayores y, al ser hijo único, si no tomo yo las riendas, el negocio quedará abandonado después de tres siglos. Eso es lo que dice siempre mi viejo. Bien mirado, no tengo oportunidad de ser otra cosa. Tú eres lista y, si te cogen en la universidad, te buscarás un futuro lejos de aquí.

—Eso jamás —replicó mientras su brazo me rodeaba con fuerza, como si temiera que pudiera salir volando—. Me quedaré aquí, contigo. Mi hermano reformará el año que viene un par de casas para convertirlas en apartamentos de turismo rural. Cuando acabe el instituto, trabajaré ahí.

Miré a Gisela estupefacto. No podía entender que una estudiante de 16 años que obtenía siempre las mejores notas quisiera hacer camas y cocinar para turistas groseros de Barcelona. El comentario me salió del alma:

—Qué horror... Espero no ser yo el culpable de que te entierres en el culo del mundo.

—Lo eres —dijo antes de besarme fugazmente en los labios—, pero también tienen la culpa estos prados y las montañas nevadas. Creo que no podría vivir sin ellos.

—¡Eres Heidi! —me reí mientras la levantaba por la cintura para darle la vuelta y sentarla en mi regazo—. En ese futuro del que hablas, antes de que se despierten los *camacos*¹, me ayudarás a ordeñar las vacas. ¿Lo harás?

—Sólo si te portas bien conmigo.

—Nuestra misión diaria será chuparles la sangre para que una lechera nos eche los céntimos de su negocio. Seremos pobres y felices.

—Deja de ser tan cínico, ¿vale? —me reprendió a la vez que frotaba su pequeña nariz contra la mía, como una esquimal— Si lo piensas bien, somos unos privilegiados. En la ciudad la gente se mata trabajando, con suerte, para pagar la hipoteca de una caja de cerillas, comer platos congelados y respirar hollín. Nosotros, en cambio, tendremos una casa grande con unas vistas de cine y un jardín para que corran los niños.

Un escalofrío me atravesó la columna vertebral. No sólo estaba condenado a heredar la vaquería y ver cada día el mismo terruño. Además, iba a casarme con mi novia desde niño para llevar una vida propia del siglo XIX, antes de la llegada de la electricidad.

Decidí contraatacar por el que sabía que era su punto flaco:

—No quieres hacer el amor, como todas las parejas, pero me hablas de hijos. ¿En qué quedamos?

—Todo a su tiempo. ¿Para qué correr? Mi abuela siempre dice que lo que se consigue enseguida no se valora.

—A fe de Dios que tu abuela estará contenta contigo. Eres una pueblerina estrecha.

¹ Uno de los apelativos que reciben los visitantes del área de Barcelona, que cuando llegan a los pueblos del norte de Cataluña están todo el día exclamando: *Què maco!* (¡qué bonito!)

Gisela me tapó la boca con una mano mientras con la otra amagaba con hacerme caer del muro.

—Cualquier día te daré una sorpresa. Mientras tanto, deja de rebuznar y cuando llegues a casa lávate el cerebro con un buen champú. Mañana quiero pasarlo bien.